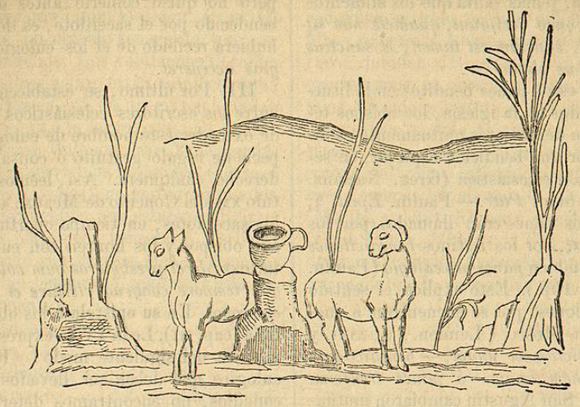
Pero si se examina atentamente esta pintura, es imposible no descubrir en ella un pensamiento más sublime. La composición, según el abate Polidori (*Conviti.—Amic. catt.*, VIII, página 294 seqq.), estaría calcada en el capítulo IX del libro de los *Proverbios*, y evidentemente relativo á la Sagrada Eucaristía. En efecto, se lee en este pasaje que la Sabiduría, habiéndose construído un palacio suntuoso sostenido por siete columnas, quiso, para ofrecer á los hombres un saludable alimento (véase el artículo *Refrigerium*), preparar allí una mesa provista en abundancia de pan y de vino; envió servidores para convidar á los pobres y á los ignorantes á que tomaran su parte del alimento que les había preparado, y que debía hacerles salir de la infancia, vivir la verdadera vida y marchar por las vías de la prudencia: *Relinquite infantiam, et vivite, et ambulate per vias prudentiæ* (*Prov.*, IX, 6). Además, según la doctrina de los Padres, y en particular de San Cipriano (*Epist.* LXIII, *Ad Cæcil.*), la Sabiduría es el Verbo encarnado; el palacio que construyó, es la Iglesia; las columnas son, respecto al Antiguo Testamento, los profetas, y los Apóstoles respecto al Nuevo (el número siete es un número indefinido en el estilo de los Libros Santos, y empleado para significar una cosa perfecta): los servidores enviados para llevar las invitaciones son los ministros de la divina palabra; el pan y el vino, es la divina Eucaristía bajo las dos especies; por último, los invitados, que en la pintura en cuestión están representados por viajeros, son la imagen de los hombres que viajan por los senderos de la vida presente.

2.° Passeri (*Gem. astrif.*, t. III, pág. 289) propone una explicación quizás más ingeniosa todavía, de un fondo de vaso que Marangoni había encontrado, teñido de sangre por dentro y por fuera, fijado en la tumba de un cristiano del cementerio de San Saturnino (*Cose gent.*, página 373). Cerca de uno de los bordes de este vaso se ve un niño vestido con una simple túnica, sentado en una mesa baja en la que se ven algunos panes en un plato; extiende la mano derecha hacia una mujer joven todavía, de pie en medio del disco, y que en una mano tiene una copa y en la otra un vaso de cuello prolongado. Esta mujer, cubierta con una túnica ancha adornada de cuatro estrellas y marcada con la letra S, inclina ligeramente la cabeza hacia el niño, como para escuchar su petición y satisfacerla. Al borde opuesto del niño, sobre un muro arqueado, se ve una copa grande, detrás de la cual están colocadas cinco tazas sobre un aparador. Se cree que esta interesante composición se refiere, como la precedente, al mismo pasaje de los *Proverbios*. Se lee en ellos: «Si alguno es pequeño, que venga á mi» (V, 4), y en efecto, aquí aparece un niño en la mesa. Se dice allí: «Comed mi pan, y bebed el vino que yo os he escanciado» (V, 5), y se ven sobre la mesa panes, y en los vasares del aparador, vasos encima de una gran copa. Luego todo esto es obra de la *Sabiduría divina*, que está personificada aquí por la mujer joven de túnica estrellada. Porque, según la observación de Passeri (ibíd., 28), cuantas veces están representadas las estrellas en condiciones análogas, no tienen otra significación que la sabiduría y la majestad del Criador (véase el artículo *Estrellas*). Continuando con nuestra descripción, observaremos que el vestido de está mujer lleva la inicial S, que traduce por *sapientia* (véase el artículo *Monogramas en los vestidos*). Simples vasos conteniendo panes pasan también, con razón sobrada, por un símbolo eucarístico; y no es raro encontrar objetos de este género esculpidos en los sepulcros. He aquí un ejemplo.

3.° La leche, y aun el vaso pastoral llamado *mulctra* ó *mulctrale* (Du Cange. ad h. v.), son también considerados por los anticuarios como símbolos eucarísticos; si bien es cierto que varios documentos muy respetables de la antigüedad cristiana autorizan esta interpretación. Se citan especialmente las actas de Santa Perpétua y de Santa Felicitas. Nuestro Señor, al aparecerse á la primera de estas dos ilustres mártires en su prisión, á fin de sostener su valor, lo hace bajo el aspecto de un pastor que le ofrece leche cuajada, *caseum*, que recibe en sus manos cruzadas (*Ap. Ruinart*, edit. Veron., página 32), y con las ceremonias observadas por los primeros cristianos para recibir la Santa Comunión (véase el artículo *Comunión*).

Todavía se hallará esta opinión más plausible, si se recuerda que San Ambrosio aplica también á la Eucaristía (*De sacr.*, l. V, c. 3) estas palabras del *Cantar* (v. 1): «Yo he bebido mi vino con mi leche.» San Zenón de Verona designa á su vez la Eucaristía con el mismo símbolo, en una exhortación á los neófitos (II, 45): «El Cordero..... ha derramado con amor su dulce leche en vuestros labios entreabiertos y llorosos.» Siendo la leche el alimento de los niños, esta manera de indicar el alimento eucarístico debe ser referente al nombre de niños ó de jóvenes que la Escritura da á los cristianos, *infantes, adolescentuli*, ó todavía *vituli lactentes* (véase Clem. Alex., *Pædag.*, l. I, c. 5 y *passim*). He aquí un fresco de las criptas de Lucina que traduce esta idea de una manera asombrosa (De'Rossi, t. I, tav. XII). Es un vaso de leche sobre una especie de altar ó de cipo, y que tiene á los lados dos ovejas, imágenes de los fieles. Partiendo de este dato Buonarruoti (*Vetri*, páginas 32 y 33), habiendo observado en las catacumbas, en particular en la novena cámara del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, vasos de la forma de los *mulctræ* pastorales, colocados sobre el lomo de un cordero y rodeados de un nimbo, se creyó autorizado á considerar estos vasos como especies de ciborios usados en la primitiva Iglesia para guardar la Santa Eucaristía. Esta opinión no carece de importancia, pero no se apoya, que sepamos, en ningún testimonio positivo de la antigüedad cristiana (véase el asunto en el artículo *Mulctra*).



4.° La idea tan natural, por otra parte, de emplear el trigo y la vid ó los racimos de uvas como símbolos eucarísticos, no parece haberse realizado en los tiempos completamente primitivos. El primer testimonio escrito, en la materia, es del siglo IX, y los monumentos figurados donde puede sorprenderse la misma intención, no deben remontarse más alla. Hemos citado, sin embargo, al final de nuestro artículo *Viña*, un monumento recientemente descubierto, que nos pone en el caso de modificar este aserto

Las representaciones de la Cena, tan frecuentes después del Renacimiento, y cuyo más ilustre ejemplo es el fresco de Leonardo de Vinci en el refectorio del convento de Nuestra Señora de las Gracias, en Milán, no se encuentran casi nunca en las catacumbas. El único ejemplo conocido de este interesante asunto, es una pintura mural del cementerio de Calixto, que fué transportada al Vaticano y después al museo de Letrán. Nuestro Señor está allí sentado, en medio de sus doce Apóstoles, á una mesa sobre la cual no aparece ningún alimento; tiene en la mano izquierda un volumen enrollado, y con la derecha toca la de San Pedro. Se cree que este monumento es del siglo IV, pero malos retoques, que datan de una época reciente, le han quitado la mayor parte de su valor. M. Perret (vol. I, pl. XXIX) lo ha reproducido tal como se encuentra hoy.

EULOGIOS ó pan bendito.—I. Desde el origen de la Iglesia se estableció la costumbre de bendecir al final de la misa aquellos panes ofrecidos por los fieles, que no habían sido consagrados, porque el diácono ó el subdiácono no ponían sobre el altar sino la cantidad de panes necesaria para el número de personas que debían comulgar. El celebrante, después de haber bendecido los panes, los distribuía, en señal de comunión fraternal, á aquellos que nunca habían participado de los divinos misterios. Se les llamaba por esto *eulogios*, ó en griego ἀντίδωρον, es decir, *compensación* (*Concil. Antioch.*, an. 341, can. II), porque los tomaban en lugar de la Eucaristía.

Conviene observar, no obstante, que el nombre de eulogio fué empleado en un principio para indicar las especies sacramentales, sobre todo entre los Griegos y más especialmente todavía en la Iglesia de Alejandría. San Pablo (1 *Cor.*, X, 16) llama al cáliz de la Eucaristía: τὸ ποτήριον τῆς εὐλογίας, *calix benedictionis;* y San Cirilo de Alejandría no se sirve de otra palabra para designar el pan y el vino consagrados (véase Suicer. *Thes.* ad voc. Εὐλογια).

He aquí cómo se hacía la bendición de los eulogios: Se tomaban panes ácimos, y antes de llevarlos al altar se los colocaba en el *diaconicum*, es decir, en la mesa que se encontraba á la izquierda del santuario, y allí se los bendecía con solemnes oraciones. Después de lo cual se los dividía, con un cuchillo llamado entre los Griegos *santa lanza*, en cierto número de partículas, de las cuales se deducían tantas como eran necesarias para el número de los comulgantes. En sus opúsculos, Allegranza (enfrente de la pág. 35) publica el dibujo de uno de estos cuchillos eucarísticos, de una forma muy elegante, y cuyo mango está adornado de bajos relieves en extremo curiosos (véase este objeto en nuestro artículo *Lanza*).

Desde el siglo IV, entre los Latinos se daba á los catecúmenos, que como tales estaban excluídos de la comunión, *este pan eulógico* (Agustín. *De peccat. merit.*, II, 26), que fué

también llamado algunas veces *sacramentum* por San Agustín, porque estaba santificado por una bendición. «El que toman, dice este Padre (*De peccator. remis.*, c. XXVI), aunque no sea el cuerpo de Cristo, es, sin embargo, una cosa santa, y más santa que los alimentos vulgares», *et quod accipiunt, quamvis non sit corpus Christi, sanctum est tamen, et sanctius quam cibi quibus alimur.*

Además de estos panes benditos en la liturgia y distribuídos en la iglesia, los obispos tenían costumbre de enviarse mutuamente panes santificados por una bendición especial, en señal de comunión eclesiástica (Greg. Nacianz. *Orat.* XIX, *In laud. Patr.*—Paulin. *Epist.* I, *Ad Fer.*). Estos panes eran llamados por los Griegos εὐλογίας, por los Latinos *benedictiones* ó *eulogias*, ó también *panes pro eulogia* (Paulin. *Epist.* II, *Ad Alip.*). Esto explica el sentido de esas expresiones què se encuentran á menudo en Juan Mosco (Leimon., c. XLII y LXXV): *Benedictionem unam*, — *benedictiones tredecim*, — *panem unum* — ó *panes tredecim.* San Paulino y San Agustín cambiaron mutuamente *eulogios* (*Epist.* XXXIV). El primero los envió también á Sulpicio Severo, á Alipio (*Epist.* XXXI, XXXV) y á otros más.

Hemos publicado en el artículo *Pan eucarístico* un sello de eulogio cuya inscripción no es quizás sino la dirección del destinatario, Euporio, **ΕΥΛΟΓΙΑ ΕΥΠΟΡΙΩ**.

II. En el siglo VI se dió al nombre de eulogio mayor extensión; porque toda comida bendita por un obispo ó un sacerdote, ya entre ellos, ya en una casa donde eran convidados, ó aun en una comida cualquiera, se llamaba eulogio. Esto fué, sobre todo, en la Galia, y San Gregorio de Tours refiere más de un ejemplo. Así (*Hist. Franc.*, VIII, 2), hablando del rey Gontran, que había invitado á unos obispos á comer, dice que por la mañana el Rey visitó las iglesias para orar, y que habiendo venido al barrio donde habitaba el mismo Gregorio, cerca de la iglesia de San Avito, éste le suplicó viniese á su casa para tomar los *eulogios* de San Martín. «El Rey, dice, entró en mi casa con bondad, vació una copa á mis ruegos y se fué contento á la comida que nos había hecho preparar.» No carece de interés observar aquí que, en esta época, vaciar una copa de vino en casa de un obispo se llamaba un eulogio del patrón de su iglesia. Respecto á la comida real, el Monarca, al invitar á ella á los prelados, la designó con el nombre de *bendición* (véase más arriba).

En otras partes (l. VI, c. 5) vemos á Chilperico, en el momento de subir á caballo para volver á París, decir al obispo historiador que había venido á saludarle: «No os abandonaré hasta que vos me hayáis bendecido.» Entonces el obispo tomó el pan, lo bendijo, comió de él con el Rey, y habiendo éste bebido un poco de vino, montó á caballo y se dirigió á París. El vulgo entendía también la palabra eulogio en este sentido. Viajando un sacerdote (véase ídem, *De glor. confess.*, XXXI) recibió hospitalidad en casa de un campesino, y éste, antes de ir á su trabajo, pidió pan á su mujer; pero no quiso comerlo antes de haber sido bendecido por el sacerdote, es decir, antes que hubiera recibido de él los eulogios: *ab eo eulogias acciperet.*

III. Por último, se estableció poco á poco entre los escritores eclesiásticos la costumbre de extender este nombre de eulogio á toda especie de regalo gratuito ó consagrado por un derecho cualquiera. Así, leemos en el capítulo XIV del Concilio de Meaux: «Conviene que los sacerdotes, en tiempo oportuno, visiten á sus obispos y los honren con eulogios voluntarios»: *decet presbyteros cum voluntariis eulogiis tempore congruo visitare et venerari suos episcopos.* En su epístola á los obispos de Bretaña (cap. III), León IV se expresa en la misma materia del siguiente modo: «Respecto á los eulogios que deben ser llevados á los santos concilios, no encontramos determinado nada por nuestros padres: esto queda á la disposición de cada sacerdote»: *de eulogiis ad sacra concilia deferendi nihil invenimus a majoribus terminatum, sed sicut unicuique presbytero placuerit.* En este mismo sentido Hincmar prohibe á sus arcedianos exigir eulogios de los sacerdotes. Por lo demás, este lenguaje está conforme con el de San Pablo, que, en su segunda epístola á los Corintios (capítulo VIII) da el nombre de eulogios á las limosnas que debían ser enviadas á los hermanos de Jerusalén.

EUSEBIO (SUS CÁNONES EVANGÉLICOS). —Véase el artículo *Canon*, 5.°

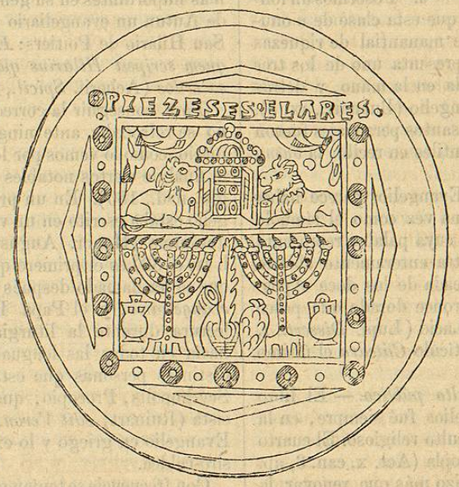
EVANGELIARIO.—Véase el artículo *Libros litúrgicos.*

EVANGELIOS.—I. *Sus representaciones.*

1.° A los pies de Nuestro Señor, figurado en persona ó bajo el símbolo del cordero, se ven á menudo cuatro arroyos que se escapan de un montecillo. Estos arroyos son la imagen alegórica de los cuatro Evangelios (véase el artículo *Los cuatro ríos*), que salidos del seno del Redentor, verdadero manantial de aguas vivas, se han repartido sobre toda la tierra por el canal de los Apóstoles (véase San Cipriano, *Epist.* LXXXIII, *ad Jub.*—Theodoret. *In psalmo* XLV.—Beda, *In Genes.*, II).

2.° A ejemplo de lo que se practicaba entre los Judíos respecto á los libros del Antiguo Testamento, los primeros cristianos encerraban los libros de los Evangelios en especies de armarios, *aron:* los rollos estaban colocados allí en cajas, *foruli*, *capsæ*, de suerte que el *umbilicus*, con su copa, estuvo siempre delante. Puede formarse idea exacta de esta disposición

examinando algunos vasos judíos publicados por Buonarruoti (tav. II) y Garrucci (tav. V); éste, por ejemplo, donde se encuentran figurados esos armarios en forma de tabernáculo, y abiertos; y mejor todavía el mosáico de Gala Placidia de Rávena (Ciamp. *Vet. mon.*, I, LXVII), en el que se ve un mueble semejante, que encierra los Evangelios. Los volúmenes ó rollos de los cuatro Evangelios están también figurados con frecuencia, ya en un extremo, como en los armarios, ya á lo largo, como en los vasos dorados (véase Buonarr., XIV, 2). Además, como estos vasos servían en las agapas (véase el artículo *Fondos de copas*), no es dudoso que los libros de los Evangelios que estaban allí figurados tuviesen por objeto recordar á los fieles que, restaurando sus fuerzas por el alimento material, debían pensar en mantener sus almas con el alimento de la palabra divina. Esta intención es, sobre todo, evidente en un fragmento donde al mismo tiempo se reproduce el milagro de la multiplicación de los panes (ídem, tav. VIII, 1): «El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios,» *non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei* (Matth., IV, 4). Sabemos que el Evangelio se leía durante las comidas (August. *Serm.* LVI.—Hieron. *Ep.* XVIII. *Ad Marcell.*), y los adornos de copas encerraban seguramente una alusión á esta piadosa costumbre.



En la representación, ya simbólica por los *cuatro* rios, ya natural por los *cuatro* rollos, se distingue un testimonio de la fe de la primitiva Iglesia en los *cuatro* Evangelios auténticos, con exclusión de los Evangelios apócrifos que circulaban en los primitivos siglos. Algunos mosáicos, entre otros el del bautisterio de Rávena (*Vet. mon.*, I, pág. 234), que procede de 451, presentan los cuatro Evangelios colocados sobre otras tantas mesas, con el título de cada uno de ellos debajo: EVANG. SEC. LVCAM, etc. Esta es la interpretación de la antigua costumbre que tenía la Iglesia de conservar sobre el altar un *codex* de uno de los Evangelios, abierto, pero únicamente, según creemos, durante la liturgia.

3.° Se da de ordinario como atributo á San Pedro y á San Pablo un volúmen enrollado que tienen en la mano izquierda, indicando la obligación que se les impuso de predicar el Evangelio, el uno á los Judíos, el otro á los gentiles; pero para demostrar que no hay más que un Evangelio y que la predicación de los dos apóstoles es una, basada en la palabra del Maestro, sucede á veces, principalmente en los vasos dorados (Buon., tav. X, XI, XII, etc.), que se figura, en el campo, entre los dos apóstoles, un solo volumen; y casi siempre este volumen lleva encima una corona, la cual representa, según los más sabios intérpretes, la corona del reino celestial, que el Evangelio, *buena nueva*, ha anunciado, *evangelium regni* (Matth., IV, 23). Algunos sarcófagos antiguos (véase Millin. *Midi de la Fr.*, pl. XIX, y *alibi*) figuran á todos los Apóstoles con un *volumen* ó un *codex* en la mano. Nuestro Señor está en medio de ellos enseñando. Los libros que tienen los apóstoles son los del Antiguo Testamento, en los que ellos computaban los textos, principalmente de las profecías, que el Salvador citaba con frecuencia en sus discursos.

4.° Los obispos aparecen también en las antiguas pinturas con el Evangelio en la mano izquierda (véase Ciamp. *Vet mon.*, II, tab. XXIV); porque están encargados de conservar este precioso depósito (1 *Tim.*, VI, 20) en toda su pureza y distribuir á los pueblos el alimento divino; por esa razón existe la costumbre, desde la más remota antigüedad, de poner el Santo Evangelio sobre la cabeza del obispo en la ceremonia de su ordenación.

5.° Los monumentos primitivos figuran también el Evangelio en la mano de los diáconos, porque su oficio era llevarlo y leerlo públicamente. Esto es lo que puede verse en un fondo de copa (Buon., XV, 2), en un fresco del cementerio de San Valentín (Aringhi, II.—Cf. Macar, *Hagioglypt.*, pág. 28), en el de las termas del Papa Formoso (Paciaudi. *Sacr. baln.* frontisp.), en el mosáico de San Lorenzo extramuros, donde San Esteban se halla representado con el mismo atributo (Ciamp. *Vet. mon.*, tav. XXVIII), en el de la tribuna de Santa María *in Trastevere* (ap. Bolland. *Propil.*, página 918), en el de los Santos Nazario y Celso, en Rávena (Ciamp., ibíd. LXVI, 2); y este último monumento ofrece la circunstancia curiosa de que cerca de San Lorenzo